

FIRMES EN SU PROMESA

Te amo, porque puedo confiar en que siempre guardarás tu Palabra. A mi alrededor están quienes no cumplen sus promesas por uno u otro motivo. En determinado momento todo el mundo que ha decepcionado, pero Tú, oh, Cristo, nunca lo has hecho. Has cumplido lo que prometías, y tu Palabra ha sido buena para mí. Quiero comprometerme este día y entregar mi corazón, mi mente y mi vida a las promesas que han fluído hasta mi corazón. En el nombre de Jesús, amén.

Tengo buenas noticias de parte de Dios. Son como un bálsamo para el alma. Son mejores que las noticias de un país lejano, mejor que las noticias que puedas escuchar o leer sobre lo que sucede hoy en el mundo. Nos llegan mediante el Espíritu Santo y son para nosotros.

El propósito del Espíritu es confirmar al cristiano en su fe. El Espíritu Santo nos dice: *La fe de Cristo es digna de tu confianza completa. Es digna de tu lealtad y de tu compromiso total.* Nos dice que esta fe de Jesucristo descansa en el carácter de Dios. Me gustaría subrayar que nuestra esperanza cristiana descansa sobre el carácter del Dios trino. Somos salvos mediante un nuevo pacto.

¡Si los cristianos pudieran recordar siempre que formamos parte de un pacto! Somos firmantes de un pacto, como aquellos que en Escocia hace años adoptaron el nombre de *covenanters*, “los del pacto”, salvados mediante el nuevo pacto. Dios ha hecho un trato con nosotros por su libre voluntad. Un cristiano

es cristiano, y sigue siéndolo, porque existe un vínculo entre las Personas de la deidad y el creyente. Dios nos garantiza su buena voluntad inacabable.

El salmo 89 describe el pacto que establece Dios con su pueblo. Se refiere a David, pero lo trasciende. Habla del Hijo mayor de David, su heredero, Jesucristo el Señor.

En este salmo hallamos afirmaciones que Dios hace sobre David, sus descendientes y su pueblo, y son casi incondicionales. Dios nunca hace promesas incondicionales, pero estas son las que más se acercan a serlo.

Para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él... No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios (Sal. 89:28, 34).

Déjame recordarte que estas promesas tienen valor siempre que podamos establecer el hecho de que quien las hizo es digno. Una promesa por sí sola no es nada; su valor depende del carácter de quien la hace.

Si haces una promesa que no podrás cumplir, o que no tienes intención de cumplir, no sirve de nada ni tiene valor. Si haces una promesa con intención de cumplirla y lo consigues, es una buena promesa, porque descansa sobre un buen carácter. Por consiguiente, todas las promesas de Dios descansan sobre el carácter de Dios.

Por eso no dejo de enseñar y de insistir en que deberíamos saber qué tipo de dios es nuestro Dios. Hemos de conocer al Dios tras la promesa. Debemos escudriñar las Escrituras y aprender quién es este Dios con el que tratamos, de modo que nuestra fe surja de forma normal y natural. Si conocemos a Dios, cuando escuchemos una promesa que Él ha hecho sabremos que esa promesa es totalmente digna de confianza, porque el Dios que la hizo lo es.

Las promesas humanas fracasan

Hay diversos motivos por los que una promesa se puede incumplir o malograr. Permíteme que te indique unos cuantos.

A veces, la persona que hace el pacto no tiene intención de cumplirlo. En tales casos, la promesa queda en nada por la duplicidad de quien la hizo. No pretende cumplir la promesa; solo la hace para conseguir algo. En cuanto lo ha conseguido, la incumple. Cuando hablamos de Dios, no hace falta que diga que esto no podría pasar jamás.

Otro motivo por el que los pactos a veces se estropean es que a quien lo hizo le resulta imposible cumplirlo. Un hombre hace una promesa, pero entonces las cosas le van mal social, intelectual o económicamente, incapacitándole para cumplir su promesa. Este hombre fracasa por ignorancia. No conocía sus circunstancias. Sobreestimó su capacidad y, por ese motivo, incumple la promesa. Su intención era buena, quería hacer lo que prometió, pero luego no pudo hacerlo.

Un pacto también puede fracasar porque la persona que lo hizo cambia luego de opinión y lo cancela. Por lo tanto, la promesa fracasa debido a la inconstancia de quien la hizo. Quizá se lo pensó dos veces o sintió remordimientos.

En ocasiones, las circunstancias cambian un poco, y las personas se ven incapaces de cumplir las promesas hechas, en cuyo caso estas fracasan debido a la debilidad de quien prometió, como resultado de unas circunstancias que esa persona no puede controlar. O quizá una persona promete algo pero luego fallece, de modo que la incumple debido a su muerte. Antes de poder cumplir lo que prometió, la muerte llama a su puerta.

Estas son las razones básicas por las que se hacen pactos y por los que se incumplen; por qué los pactos entre los hombres o entre las naciones a veces fracasan violentamente. A diferencia

de las promesas de los hombres, el pacto de Dios no puede fracasar, y se nos dice por qué.

Las promesas de Dios son firmes

Entre los hombres, un juramento es una apelación a algo superior. Por ejemplo, cuando un hombre se presenta delante de un tribunal y declara que dirá la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, añade: “con la ayuda de Dios”. Esto se considera un juramento. Después de todo, si miente será perjurio, porque ha invocado a alguien superior a sí mismo para que sea testigo de que dice la verdad.

Los hombres conocen sus incapacidades; en concreto, en este caso, su tendencia a mentir. Hasta que usted se hace cristiano y renuncia al mal, la mentira es una técnica muy cómoda para moverse por el mundo.

Los hombres lo saben, de modo que no están dispuestos a permitir que uno de los suyos se ponga en pie y diga: “Este es el camino”.

En lugar de eso, lo atan mediante juramento, diciendo: “Primero levanta la mano, pon la otra en la Biblia, y promete delante de este juez y de todo este tribunal que dirás la verdad, y luego llama a Dios como testigo de que no mentirás”.

Esto es bastante gracioso; creo que en el infierno alguno se reirá cada vez que un hombre se planta delante de un tribunal y dice: “Prometo ante Dios que no mentiré”. *¿Por qué no estabas dispuesto a decir la verdad ya de entrada?* Esta es la pregunta que me gustaría formular. Siempre me molesta que un hombre tenga que apelar a algo superior a sí mismo para confirmar que dice la verdad.

Dios quiso humillarse y hacer las cosas a nuestra manera, de modo que hizo una promesa a Abram (ver Gn. 15). Pero ¿a quién podía invocar para confirmar sus palabras? No podía apelar a un arcángel. Tenía que apelar a algo o alguien superior, pero, al

mirar a su alrededor, como es lógico, no había nada superior a Él. De modo que Dios hizo un juramento (ver He. 6:17-20), pero solo pudo hacerlo por sí mismo.

Esto lo hizo por los herederos de la promesa. Le decimos a Dios: “Señor, ¿qué garantía nos das de que la muerte de Cristo por nosotros es válida? ¿Qué garantía tenemos de que la sangre de Cristo nos asegura la salvación? ¿Qué certeza tenemos de que tu amor por nosotros es inmutable? ¿Qué seguridad nos das, oh, Dios, de que nuestra fe en tus promesas está segura?”.

Dios contesta: “No tengo a nadie superior a mí a quien invocar. No puedo levantar la mano y llamar a alguien más grande que yo, porque no existe, de modo que juro por mí mismo que haré estas cosas”. Este es un juramento de confirmación.

Como pasa con cualquier promesa, el valor de un juramento depende por completo del carácter de aquel que lo hizo. Muchos hombres hacen un juramento y luego se sientan ante el juez y mienten, porque no tienen el carácter necesario para cumplirlo. No solo mentirá en esa situación, sino en todo momento, porque no tiene carácter.

Como Dios es quien es, podemos confiar en Él plenamente. Nuestra esperanza de salvación, perdón, paz en la muerte y alegría en la vida venidera no dependen de cómo nos sentimos ahora. Si alguna de estas cosas dependiera del modo en que nos sentimos esta mañana, más nos valdría hacer las maletas y dirigirnos al infierno, porque no nos sentimos celestiales; nuestro ánimo se ve afectado por los cambios climatológicos, el trabajo duro y otros factores.

Nuestro pacto, nuestra esperanza, no depende de nuestros sentimientos. Depende de algo más, que es muy superior. Depende de si Dios tiene o no razón. Depende de si podemos fiarnos de Dios para que cumpla las promesas que hace. Depende de si es capaz de cumplir sus promesas y guardar su pacto. Esta es la pregunta definitiva.

Lo que sabemos de Dios

Pensemos en lo que sabemos de Dios. La santidad es uno de los atributos divinos. Como Dios es santo, no puede mentir. Podemos confiar en la inmutabilidad del pacto de Dios porque es imposible que Él mienta. A pesar de su omnipotencia, hay algunas cosas que Dios no puede hacer. Dios no puede mentir, porque es santo. Para mentir, tendría que violar su santidad. Dios no puede hacer esto y, por consiguiente, no puede mentir.

“Dado que Dios no puede mentir”, pregunta alguien, “¿quiere decir que no es omnipotente?”. La respuesta es que la omnipotencia no es la capacidad de hacerlo todo, sino la de hacer todo lo que uno desea hacer. Dios no desea mentir, no desea engañar; no desea jugar sucio con su pueblo. Dios quiere ser fiel a sus hijos, y dado que Él es santo, ellos están seguros.

Dios es perfecto en su sabiduría. Como nuestro propio entendimiento es tan limitado, imaginamos que Dios podría concebir una estratagema para redimir a los hombres, de tal modo que algunos de ellos estuvieran de acuerdo con lo que dice, le aceptarían y creyeran en su Hijo y, de repente, descubrirían que Dios no podía cumplir lo prometido porque no había calculado bien. Pero esto no es posible.

Dios sabe todo lo que se puede saber. Cuando hace una promesa, puede cumplirla, debido a quien es. Es perfecto en su sabiduría, y conoce todos los detalles, el fin desde el principio.

Si Dios no fuera omnipotente, no podría garantizar su capacidad de mantener su pacto conmigo. Si Dios no fuera omnipotente, no podría estar seguro de ser salvo. Pensaría que lo soy, pero cuando Dios llegase a un punto en que hubiera alguien más fuerte que Él, yo estaría perdido. Sabiendo que “el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina” (Ap. 19:6) y sabiendo que su omnipotencia significa que puede hacer todo lo que desea, no dudo en

absoluto de mi salvación, porque estoy en los brazos del Dios omnipotente que ha jurado salvarme.

Supongamos que Dios tuviera la costumbre de cambiar de idea. He conocido a personas que siempre estaban empezando un proyecto nuevo, y que luego cambiaban de idea. Un día los veía y tenían las mejillas coloradas de pura emoción. Apenas si comían por dedicarle tiempo a hablar, a contarme cosas sobre su nuevo proyecto. Yo les estrechaba la mano y les deseaba lo mejor. Cuando volvía a verlos dos años después y les preguntaba por aquella gran obra que empezaron, me decían: “¡Ah! ¿Aquello? No resultó”.

Dios es inmutable. Cuando promete algo, guardará esa promesa. Nos ha asegurado que seremos bendecidos para siempre; que su misericordia siempre estará con nosotros, y que no pereceremos, sino que Él nos guardará. Dios, el inmutable, no cambia de idea respecto a estas cosas... ni a ninguna otra.

Salvados por un pacto

A veces, los pactos humanos fracasan debido a la muerte del prometedor. Una persona hace una promesa con toda la intención de cumplirla, pero entonces se lleva las manos al pecho y se desploma. La llevan al hospital y, al cabo de pocos días, ya ha fallecido. Su intención era buena. Era lo bastante sabio como para hacer lo que prometió, y lo bastante bueno como para querer hacerlo, pero no vivió lo suficiente. El pacto que nos vincula a ti y a mí, a diferencia de las promesas hechas por mortales, lo hace y perpetúa el Dios eterno.

Dios no incumple una promesa por cesación o discontinuidad. Dios, el Dios eterno, siempre vive y, como Él vive, nosotros vivimos. Vivimos mientras Él viva. ¿No es un pensamiento tremendo, hermanos? ¿No es un pensamiento tremendo, maravilloso y asombroso?

Viviremos todo el tiempo que viva Dios. No empezamos a existir cuando Dios lo hizo, porque Dios no tuvo comienzo, y nosotros sí. Sin embargo, al seguir adelante, mientras exista Dios, el Dios eterno, mientras Dios pueda decir “Soy y sigo siendo lo que soy”, tú y yo, por la gracia de Dios, seguiremos siendo lo que somos, porque somos salvos por medio de un pacto, respaldados por un juramento.

Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros (He. 6:17-18)

Quienes estén familiarizados con el Antiguo Testamento sabrán lo que significa “acudir”, que en este sentido se traduciría por “huir en busca de refugio”. Israel tenía seis ciudades destinadas a ser refugio. Cuando un hombre mataba accidentalmente a otro, una ley de Israel decía que “el vengador de la sangre” (el hermano, padre o pariente cercano del muerto) podía vengarse del homicida.

Este hombre, sobre quien pesaba la condena, huía con toda la rapidez que le permitían sus piernas, dirigiéndose a la ciudad de refugio más cercana. A veces apenas lograba llegar, con la lengua fuera, jadeando como un perro agotado, y el vengador le pisaba los talones, casi a punto de agarrarlo por el cuello.

Él entraba corriendo, se celebraba el juicio, y se decidía si el hombre era culpable o inocente. Si era inocente, por supuesto, el pariente del difunto no podía vengarse, porque hacerlo sería una nueva transgresión de la ley, y ahora el asesino sería él. Eso era

una ciudad de refugio. El hombre de Dios que escribió el libro de Hebreos, siendo judío, conocía bien esas ciudades.

Tanto si el hombre era culpable como si no, tenía derecho a huir a la ciudad de refugio. Si no era culpable, ya se demostraría. Pero incluso si lo era; tenía derecho a acudir a esa ciudad. Si lograba llegar antes de que su perseguidor le diera alcance, estaría a salvo.

El hombre de Dios dice que hemos “huido en busca de refugio”, y yo me imagino a mí mismo, con el diablo pisándome los talones, corriendo hacia la cruz de Jesús, corriendo hacia el monte santo del Calvario. Justo cuando llego, jadeante, las puertas se cierran a mis espaldas, y el diablo choca de lleno con ellas y no puede entrar. No puede alcanzarme, porque he hallado refugio y estoy a salvo.

El ancla de nuestra alma

El escritor de Hebreos sigue con una afirmación: “La cual [la esperanza] tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo” (He. 6:19). Esto supone un cambio repentino de figura literaria. En un versículo nos vemos corriendo hacia una ciudad de refugio para asirnos de esa esperanza, y al siguiente se convierte en un ancla para nuestra alma. Pero da igual; analicemos esta nueva manera de imaginar la seguridad que tenemos en las promesas que Dios nos ha hecho.

Imaginemos un barco, sumido en una tormenta, y a los santos de Dios a bordo de él. Alguien dice: “Lo que veo avecinarse, ese tifón, me hace pensar que vamos a morir todos. El barco se hundirá, porque nos lanzará contra la costa”.

Alguien exclama: “¡Miren abajo!”, y miran hacia abajo intentando ver el ancla, y aunque está demasiado profunda como para verla, el ancla sujeta la nave a las rocas, y el barco capea el

temporal. El ancla está ahí aunque no la veamos. Esto es lo que dijo el Espíritu Santo por medio del hombre de Dios cuyas palabras inspiró. Tenemos un ancla que mantiene al alma firme y a salvo mientras ruge la tormenta. No vemos esa ancla, pero está ahí.

El escritor de Hebreos concluye el sexto capítulo de su epístola diciendo: “que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (vv. 19-20).

¿Qué quiere decir con que el precursor entró por nosotros? Significa que un día estaremos donde Jesús está ahora. Él es el precursor. Él fue primero... por nosotros. Vamos de camino hacia Él, y donde Él está, nosotros también estaremos.

Luego tenemos la última buena noticia: Jesús, nuestro precursor, ancla y refugio, ha sido hecho Sumo Sacerdote para siempre. En la antigüedad, los sumos sacerdotes acababan muriendo, pero este Sumo Sacerdote tiene vida eterna según el orden de Melquisedec.

Por lo tanto, dice el Espíritu, ¡adelante! Sigán creyendo; no se equivocan al acudir a Cristo. Nuestra esperanza es segura, nuestra consolación es firme, y nuestro precursor ya ha llegado a la meta. El ancla está firme en la roca. En la casa de nuestro Padre todo está bien. Por lo tanto, ¡animémonos! Sigamos la santidad. “A fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas” (He. 6:12). Manifiesta diligencia y seguridad plena de la esperanza hasta el final.

El Espíritu Santo nunca exhorta sin haber informado antes. Nunca invita hasta haber expuesto la verdad. Pone ante nuestros ojos un pacto glorioso y eterno sellado por sangre, que Dios ha jurado, y prometido por un Dios que no puede mentir. Entonces dice: *Dado que es cierto, muestren diligencia. Como por parte de Dios todo está bien, todo lo estará también en su lado, con solo que tengan fe,*

crean y se pongan en sus manos, porque Él es su destino final. Dado que Él está donde está, ustedes van adonde van.

Eres salvo por un juramento del Dios todopoderoso. Él no podía apelar a un tribunal superior, de modo que apeló a sí mismo y dijo: “De cierto te bendeciré” (He. 6:14). Salvar, salvaré. Cumplir, cumpliré.

Los cristianos deberían ser el pueblo más feliz del mundo. Es extraño que no lo seamos, pero sé por qué es así. El diablo anda tras nosotros. La carne y el mundo, también.

Al luchar con estos tres enemigos, a veces no tenemos tiempo de ser felices. No tenemos tiempo para recordar que estamos tan a salvo en los brazos de Jesús como si llevásemos mil años en el cielo; solo tenemos que creer, seguir adelante y no ofender el reino de Dios al recurrir a los elementos miserables de este mundo. No creo que nadie lo haga, porque estoy convencido para creer cosas mejores de ustedes, mis hermanos, las cosas que acompañan la salvación.

Tenemos una promesa en la que podemos confiar, porque tenemos a un Prometedor que nunca ha fallado y jamás lo hará.

Quando sopla airada la tempestad

Priscilla J. Owens (1829-1907)

Quando sopla airada la tempestad,
y tu barca en grave peligro está,
¿tienes tal confianza y seguridad
sin tener un ancla que apoyo da?

Arrecifes hay que marcando van
el sendero triste de muerte cruel.

Donde vidas mil naufragando están
sin tener un ancla ni timonel.

Más segura está mientras rugen más
los furiosos vientos de la maldad,
cuyas iras no romperán jamás
nuestra grande y firme seguridad.

En las negras hondas de la ansiedad
cuando soplan vientos de destrucción,
nuestra barca cruza la inmensidad,
del Señor llevando la protección.

Ancla tenemos que nos dará,
apoyo firme en la tempestad.
En la Roca eterna fija está.
Solo allí tendremos seguridad.